

o ser convencido. Las perspectivas de un futuro feliz, ya fuera como resultado del triunfo capitalista o comunista, era apasionado intento y conformaban vitales discusiones. Ahora son tema trillado y resonancias de desencantos. Lo más probable es que sucesos como el de Diego Rivera en Rockefeller Center no se repitan. En primer lugar porque en el corazón del imperio, los continuadores presentes de los viejos mecenas, están convencidos de que una enorme distancia debe separar las obras de arte expuestas en los monumentos del capitalismo, de los ideales que le son ajenos o enemigos. Porque además, ese tipo de batallas no tendría eco dentro de un mundo que se ha nutrido y bombardeado con las nociones del "destino manifiesto", con sus consignas de "time is money" y "el pobre es el flojo que no trabaja". En segundo lugar, porque la esperanza "roja" se ha convertido en una realidad que en nada comulga con la ilusión de paraísos. ¿Qué pensaría Diego Rivera hoy?

Irene Herner

MILAN KUNDERA Y EL DESMANTELAMIENTO DE LA UTOPIA SOCIALISTA*

En 1967, un año antes de que las tropas soviéticas invadieran Checoslovaquia, Milan Kundera publica *La broma*, su primera novela. Aunque el manuscrito había sido presenta-

* En español, sobre Milan Kundera pueden consultarse: Carlos Fuentes, "El otro K", *Vuelta* No. 28, México, marzo de 1979. Alberto Ruy Sánchez, "Kundera o la insostenible ligereza de la novela", *Vuelta* No. 90, México, mayo de 1984. Ver también la nota biográfica que sobre el escritor se publicara como complemento al ensayo "Milan Kundera. La risa de Dios", *Vuelta* No. 104, México, julio de 1985. Asimismo, el libro de Antonin Liehm, *Tres generaciones. Diálogos con escritores en la Primavera de Praga*. Madrid, Ed. Ayuso.

do a los editores en 1965, y no obstante que éstos prometieron hacer todo lo posible para llevarla a la imprenta de inmediato, “el espíritu de la obra, diametralmente opuesto a la ideología oficial”, retardó varios meses su publicación.

Ese mismo año, tres ediciones de *La broma* aparecieron en rápida sucesión y ciento veinte mil ejemplares se vendieron en unos cuantos días, como si la gente se percatara de que el periodo de libertad sería breve. Inmediatamente después de la invasión soviética, este libro, junto con muchos otros, fue prohibido, retirado de las bibliotecas públicas y borrado de la historia de la literatura checa.

Para 1969, cuando Kundera había sido ya expulsado del Partido Comunista Checoslovaco por sus posiciones críticas, *La broma*, tras ser asumida por la población local como uno de los símbolos de la Primavera de Praga, fue considerado por el régimen socialista como la “biblia de la contrarrevolución” y su autor, como uno de los iniciadores de este movimiento.

En un afán por imponer esa verdad totalitaria que entiende la realidad bajo un orden de respuestas dadas y en donde no hay ni iniciativa ni invención ni libertad de acción, porque ahí sólo imperan las reglas y la obediencia, lo que los mitógrafos, censores y demás voceros de la historia checa se cuidaron de decir es que con Kundera empezaba a mostrarse al mundo occidental parte del destino de la Europa Central contemporánea, que el autoritarismo pretendía someter a la amnesia colectiva.

Surgida como nación independiente en 1918, Checoslovaquia había tenido, en los primeros años de la década de los veinte, un repunte socialista, marcado por el surgimiento de militantes de esta corriente. Gobernaban entonces los antiguos socialdemócratas, discípulos de la II Internacional y herederos del socialismo parlamentario austriaco.

Hacia 1926, el arribo al gobierno de una coalición de partidos de centro derecha se tradujo en una ofensiva de la

reacción y en una abierta persecución contra los miembros del PCCH. Los obreros, hasta entonces simpatizantes de los comunistas, dejaron de oír sus llamados a salir a la calle. Los años más tarde —cuando la influencia de Stalin rebasaba ya las fronteras nacionales y el Partido comenzaba a supeditarse a las órdenes provenientes de Moscú— este hecho, aunado al intento por formar un frente común con la socialdemocracia y los grupos sindicales, fue el pretexto para reemplazar a la dirigencia comunista. Así, durante el Sexto Congreso de la III Internacional, fueron nombrados los nuevos representantes, con Zápotocky, Kopeck, Dolansky y Gottwald a la cabeza. Fueron la primera generación checa stalinista. El socialismo de este país perdió con esto su autonomía para, en lo sucesivo, seguir acatando las directrices de la III Internacional.

En 1939, mediante el Tratado de Munich, las potencias de Europa Occidental pusieron a Checoslovaquia en manos del nazismo. Con la intervención de Hitler el Estado checo dejó de existir como tal hasta que, en 1945, el ejército ruso expulsó a los alemanes, devolviendo a la nación su *status* de república independiente.

En 1948 comienza la historia de Bohemia socialista. El “golpe de Praga” instauró en el poder a los comunistas y provocó el júbilo en más de la mitad de la población. Era el tiempo del entusiasmo, aquél en que los “más inteligentes, los mejores”, apostaban por la revolución. Pero no hay regocijo que dure eternamente...

“Los días hábiles de la humillación”

Veinte años más tarde, el 21 de agosto de 1968, las tropas soviéticas ocuparon Checoslovaquia para aplastar al socialismo democrático en nombre del socialismo internacional. Quienes a finales de la Segunda Guerra Mundial habían

sido los libertadores, “los vencedores del satanismo hitleriano”, borraban, con esta acción, la simpatía histórica ganada veintitrés años atrás.

Llevada a cabo bajo el supuesto de la “ayuda fraternal”, la entrada de medio millón de soldados soviéticos dejó claro que para el régimen de la URSS, era inaceptable que los comunistas checos pugnarán por establecer un socialismo que, entre otros puntos, planteaba la paulatina desaparición del Estado, en la medida en que los grupos sociales fueran asumiendo sus funciones autónomas.

Pretender que las elecciones dentro del Partido Comunista estuvieran fundadas en el sufragio secreto, que los consejos de fábrica fueran centros democráticos de la iniciativa política en la base obrera, significaba tanto como intentar dar lecciones de política proletaria a Moscú. Para la mayor potencia de Europa del este era inadmisibles una “insurrección” en lo que consideraba una de sus áreas de influencia.

Tomada la nación, los representantes estatales checos, presididos por Alexander Dubcek, fueron capturados y obligados en Moscú a pactar el compromiso que salvó al país de los fusilamientos y de las deportaciones en masa a Siberia. “Pero una cosa estaba clara: Bohemia iba a tener que inclinarse ya para siempre, que tartamudear, que quedarse sin aliento”, como el propio Dubcek, quien, destrozado, sin poder hablar, tras seis días de cárcel, regresó a Praga para dar cuenta de la nueva realidad: “habían llegado los días hábiles de la humillación”, como señala Kundera en *La insoportable levedad del ser*.

En abril de 1969 el socialismo democrático fue formalmente enterrado en Checoslovaquia; la Primavera de Praga, congelada por los tanques rusos. Con la invasión a este país centro europeo, la política hegemónica de la URSS, basada en un expansionismo territorial, del que ya antes se había dado muestra con la ocupación de Hungría en 1956, la de

espíritu totalitario sobre el que se levanta el imperialismo de izquierda.

Como es de suponer, los cambios suscitados en la esfera política trajeron cambios en el terreno cultural checoslovaco aunque, en esencia, las presiones, la censura y la persecución nunca dejaron de ejercerse contra aquellos artistas reacios a observar la preceptiva del realismo socialista. En este contexto —a causa de la degradación masiva de que fueron objeto los intelectuales tras la invasión rusa— Kundera se vio obligado, entre 1948 y 1956 a desempeñarse como obrero, pianista de bar, pintor, crítico de cine y poeta para, finalmente —luego de ser rehabilitado durante el corto periodo de la “desestalinización”— dar clases en la Escuela de Cine de Praga.

Doce años más tarde, en 1968, Kundera es depuesto de su cargo en la universidad; sus obras, proscritas en Checoslovaquia. Incómodas e indeseables para el régimen, las ideas del “otro K”, como alguna vez lo llamara Carlos Fuentes, trajeron como consecuencia la persecución, el exilio (1975) y el despojo de la ciudadanía checa en 1979.

Además de los textos citados —sin contar su producción poética y teatral— Kundera es autor de *La vida está en otra parte*, *El libro de la risa y el olvido* y *La despedida*. A excepción de esta última, no hay novela en que el escritor no aluda a la invasión soviética. El acoso a que es sometido el individuo dentro de una sociedad autoritaria y burocratizada, la constante violación de la vida privada, la vigilancia omnipresente del Estado, la tortura ideológica del perseguido que se convierte en perseguidor, la exclusión y la angustia de ser excluidos, son otras constantes en la narrativa kunderaniana.

Como ensayista, quien fuera Premio Jerusalem 1985, ha dado razón de la tragedia padecida por esa parte de Europa Central —Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania, Bul-

garia— que, desde 1945, vive la extraña paradoja de estar situada geográficamente en el centro, culturalmente en el Oeste y políticamente en el Este.

Si esas naciones, dice, querían ser la imagen condensada de Europa, el modelo miniaturizado de ese continente, concebido bajo la regla del máximo de diversidad sobre el mínimo de espacio, ¿cómo podía Europa Central no estar horrorizada por Rusia que, frente a ella, se fundaba en la regla opuesta: el mínimo de diversidad en el máximo de espacio?

Lo que define al conjunto centroeuropeo no pueden ser las fronteras políticas impuestas por invasiones, conquistas y ocupaciones, aunque Europa Central, avasallada, sea, a los ojos de Europa, una parte del imperio soviético y nada más.

No obstante estos juicios, pese a creer, como Cornelius Castoriadis que *Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas* no son sino “cuatro palabras, cuatro mentiras”; pasando por alto el manifiesto antisovietismo expuesto a lo largo de su obra, Milan Kundera niega ser un escritor disidente. Dice ser apolítico por naturaleza. “La política es para mí un espectáculo, me fascina pero no deseo convertirme en actor”, puntualiza.

Las trampas del entusiasmo

Milan Kundera concibe a la novela como “una investigación sobre lo que es la vida dentro de esa trampa en la que se ha convertido el mundo”.

Lo que en sus libros puede leerse acerca de la situación sociopolítica, asevera, no tiene nada de novedoso y nunca es lo principal del texto. Lo importante es el análisis de la existencia humana, de sus formas y posibilidades. “En la novela, las circunstancias históricas me interesan en la medi-

da en que son indispensables para la comprensión de tal o cual situación humana”, indicó alguna vez a Fernando de Valenzuela, su traductor al español.

Según la perspectiva kunderaniana, las circunstancias históricas son una especie de laboratorio antropológico que muestra al hombre desde ángulos poco conocidos, desconocidos o sorprendentes. La historia, asegura, ha hecho del hombre un simple medio para alcanzar sus objetivos. El novelista se venga e invierte la situación: la historia es para él un simple medio para el conocimiento del hombre y la novela, más que la filosofía, otorga a éste “la última oportunidad de reflexionar sobre la vida”.

Aunque Kundera apunta que la política le atrae sólo como observador, es innegable que toda su obra posee connotaciones políticas. Desde uno de los más inteligentes discursos de la narrativa contemporánea mundial, Kundera alerta al mundo sobre las trampas que “las mejores causas” le han tendido. Sus libros, son la clave de lo que el historiador —el mitógrafo vencedor— ignora o disimula.

Político a pesar de sí mismo, Kundera escribe para dismantelar la utopía socialista, para hacer de su narrativa parte de esa memoria histórica que el imperialismo de izquierda quisiera condenar al olvido; para señalar que los regímenes comunistas de Europa central no fueron exclusivamente producto de seres criminales, sino de aquellos entusiastas que creían haber encontrado el único camino que conduce al paraíso; para reflejar el clima de una sociedad socialista policial, staliniana en la que, la historia se encargó ya de demostrarlo, un hombre no necesita —como el Samsa de Kafka— amanecer convertido en insecto para ser tratado como insecto.

Laura Guillén